

insurrectos ó fuesen fieles á la corona, lo primero que hacían era dirigirse galantemente á las mujeres. . . . Excuso decirles á ustedes si tendrían ganas de galantear. . . . Allí no dejaban de ser obsequiadas más que las niñas muy niñas y las viejas muy viejas. . . . Salida la tropa del pueblo, las mujeres se ponían á comentar los acontecimientos y á referir lo que les había tocado en suerte. Aquella que había caído con un blanco lo refería con cierta satisfacción y cierto orgullo, causando la admiración de las amigas menos afortunadas. Luego seguían en suerte aquellas á quienes les había tocado mulatos, que si no era el premio gordo, por lo menos venía á constituir una aproximación. Y por fin, las infelices que habían sido poseídas por negros, apenas se atrevían á hablar, sintiéndose como avergonzadas y empequeñecidas. . . . Pero no faltaba una que, á voz en grito, decía muy orgullosa:

—Pues el mío era un negro, pero era *generá*.

Pues algo parecido sucede con esto de la guasa. Le toman á uno el pelo, pero con tanta galantería y tan suavemente, que casi resulta un honor como la del *generá*, y está uno á punto de agradecerlo.

Y lo más gracioso es que todos sabemos esto y nos dejamos guasear, y sabemos que todo lo que los demás nos dicen es pura mentira, y lo admitimos y fingimos creerlo. . . .

¡Díganme ahora que esto no es guasa pura!

## LOS ESPAÑOLES

### I

Todavía no se ha hecho un censo completo y exacto de los habitantes de esta República ni aun de esta capital, y es de suponer que no se pueda hacer en mucho tiempo, dado el carácter de la gente del pueblo, en absoluto refractaria á todo lo que huela á gobierno ó administración como todo lo que huela á justicia y como, en fin, á cuanto sea ó signifique ingerencia del Estado en los negocios de cada individuo.

Y, naturalmente, á los extranjeros que, por sus condiciones sociales, intelectuales ó económicas están en continuo y más frecuente trato con la clase del pueblo, péga-sele la misma manía, con lo que las autoridades se ven y se desean para hacer una labor estadística que tenga alguna exactitud, siquiera no pueda ser mucha, y no obstante todos esos esfuerzos, no han podido aun sacar un censo de población del que pueda uno confiar un poco y tenerlo como guía para sus apreciaciones.

Viene todo esto á decir que, según los

últimos censos publicados y demás datos de las oficinas del gobierno que no se publican, debe haber en esta capital más de cuatro mil españoles. y sin embargo, el que se dé una vueltecita por las calles diariamente, al cabo de cierto número de días suficientes para haberlas recorrido todas, harás la ilusión de que hay más de cuatro mil españoles aquí, que el pico sobrante asciende á más que la cifra redonda.

Acaso consista en que están bien repartidos, extratégicamente, como si dijéramos, y producen esa ilusión óptica de aumento, como en los ardides de que se solían valer antiguamente en las plazas sitiadas para quitar toda esperanza al ejército sitiador.

Acaso consista también en que son pocos, pero finos. Porque en resumen yo no sé cuantos habrá, pero meten más ruido que franceses, alemanes y yanquis juntos. Estos no meten ruido, pero se meten en casa. A los españoles se nos va la fuerza por la boca. Y pudiendo ser aquí mucho, como colectividad, y pudiendo mandar mucha fuerza, cada día tienen menos. Y esto, aparte de otra causa, y aun de otras porque hay muchas, obedece principalmente á la falta de unión y de común acuerdo entre ellos. Mientras los franceses se unen y se ayudan en todo, mientras los yanquis no sólo se ayudan entre ellos mismos, sino que están además fuertemente ayudados y sostenidos por el gobierno de su nación, hasta el punto de que aquí el ser ciudadano de los Es-

tados Unidos es una garantía para muchas cosas y una puerta para obtener concesiones y gracias que no obtienen los mismos mexicanos.

El gobierno español se preocupa tanto de los españoles que tiene aquí como de los habitantes de la luna, y oficialmente España tiene en México la misma influencia que podría tener en el centro de la Hotentocia, así es que jamás se ha dado el caso de que España reclame á este gobierno por cualquier atropello cometido en un español. Además, hay que reconocer que los diplomáticos que aquí mandan no son por regla general, y sin que aquí se quiera aludir á nadie, ni muy lucidos ni muy aptos para andar con ciertas exigencias, y si alguno lo fué y en ellas se metió cargado de razones, encontróse con que el gobierno español no le apoyaba, y el hombre quedó en el ridículo más completo.

Por su parte, estos españoles hay que reconocer que no se cuidan mucho de tener la protección de su gobierno, pues la única condición que para ello podría exigirseles, ó sea el que acudan mensualmente al registro del Consulado y saquen su carta de nacionalidad, son poquíssimos los que la cumplen, pero muy pocos. Generalmente se acuerdan de Santa Bárbara cuando oyen los primeros truenos; cuando se ven en alguna complicación es cuando echan de menos la actividad de los representantes españoles, quienes no pueden reconocerlos

como tales, puesto que carecen de los documentos necesarios. Y es que los españoles conocen á sus gobiernos, los gobiernos conocen á sus españoles y las dos partes saben lo poco que cada una puede esperar de la otra.

Otros extranjeros, casi todos, y sobre todos el yanqui, viven aquí con los ojos puestos en su patria; el español vive en las dos.

Sea porque la identidad del lenguaje y el parecido de algunas costumbres, pocas, aunque otra cosa pueda creerse á primera vista, con las de su país, le halaga y cautiva, y le da muchas más facilidades y alicientes para enlazar con mejicanas y formar aquí familia, sea por lo apático, lo fácil de aclimatarse y lo diferente que es para todo lo que no demande una energía y una excitación del momento, sea en fin, lo que sea, el español se identifica pronto con este medio ambiente, acepta con gusto estas costumbres, vive aquí como el pez en el agua, y si llega á adquirir propiedad ó á casarse con mujer del país, puede decirse que ya no saldrá de él, pues la propiedad tira mucho y la mujer tira más. Necesario es ver también que los españoles vienen aquí muy jóvenes, niños casi, y, en su mayoría, algo escasos de cultura, pues son las aldeas más miserables y olvidadas de la costa del Cantábrico, las que dan el mayor contingente de inmigrantes á las regiones de América, y especialmente á la

República Mejicana. Aquí en Méjico adquieren cierta cultura más ó menos superficial y cierto trato de gentes; aquí empiezan á vivir, puede decirse, aquí salen del cascarón, aquí se forman, se crean afectaciones y simpatías. . . Y cuando, ya hombres maduros ó con tendencias á viejos, piensan en volver á su país, si es que en éste lograron, en fuerza de trabajo, tenacidad y privaciones, hacer un capitalito, se encuentran con que la familia que han dejado ha muerto y les espera otra formada por casamientos posteriores á su emigración, á la que sólo por deber conservan afecto y que sólo conocen por retrato, la cual, más que verlos y abrazarles á ellos, espera ver y registrar sus baúles. Encuéntrase también que los amigos y compañeros que dejó, si aún existen, pertenecen á un medio social muy inferior al que han adquirido aquí, donde hay mucha más democracia social, y que si quiere alternar con las de más arriba, no tiene para ello más que el traje. Resulta que van á la patria soñando con la patria que dejaron y esa ya no existe, que llevan arraigados costumbres y hábitos exóticos en su país, que pasó para ellos la edad de las diversiones tumultuosas y no ha llegado aún la del retiro en el sillón. . . y se encuentran allí como gato en casa nueva, extraños para todo el mundo, hasta para su familia, con dinero y sin sociedad, que es peor que sin dinero y con sociedad, y como ya no es hora de

hacerse otra patria, se vuelven á la adoptiva, á la que les educó é hizo hombres, donde tienen sus afectos y diversiones, y se van, desengañados y tristes de su España, pensando que todo ha cambiado allí, que deben llamarse á engaño, sin echar de ver que las cosas siguen en el mismo estado en que las dejaron y que lo único que difiere es su manera de verlas.

De cada diez que aquí llegan, se quedan ocho para toda su vida, salvo las veces que vuelvan de paseo ó de temporada. Unos, los que hicieron fortuna, no vuelven por las causas expuestas, y otros porque la suerte no les favoreció y no se encuentran independientes ni en disposición de vivir allá con el producto de sus rentas. Y como en las regiones septentrionales españolas hay la creencia, buena para hace cincuenta años, pero errónea en la actualidad, de que el que viene á las Américas y no hace dinero es porque no quiere, los que no lo hicieron, porque no encontraron el camino ó la suerte no se lo quiso poner delante, esos no vuelven de *indianos malogrados* á España así les maten, porque no quieren sufrir el ridículo de aparecer como tontos ó perdidos, puesto que para aquellos aldeanos no hay más que pisar el suelo de Veracruz y ya empieza uno á darse tropezones con las onzas de oro mejicanas.

El español, aunque esto no les agrade mucho á algunos, pocos, mexicanos, no es un pegote en este país, como otros ex-

tranjeros, sino que forma parte de él, en él hace el capital y lo gasta casi todo, pues si parte se va á España, en él se casa, en él produce y consume, en él procrea y se interesa por él, casi más que por suyo propio.

De cada cien españoles que salen de su tierra, los noventa pueden darlos España por perdidos y México y las otras Repúblicas por ganados.

## LOS ESPAÑOLES

### II

Habíamos empezado el artículo anterior, y luego ya la fantasía nos guió por otro camino, diciendo que en esta capital no habrá muchos españoles, si ustedes quieren, pero meten más ruido [que un costal de nueces.

La fiesta de Covadonga, el 16 de Septiembre, que aquí la celebran ellos con carácter español general, sin idea de regionalismo, es acaso la más nombrada de Méjico, no sólo entre los particulares, sino aun entre muchas de aquellas en que toma parte activa el elemento oficial.

Los mejicanos se desviven por asistir á

ella, porque gustan de ver esa alegría franca y abierta, aunque brusca y tosca en demasía, tan peculiar á los españoles, y de la que carece el natural de este país, cuyas alegrías son más reflexivas.

Donde se hable de empresas bancarias, indudablemente se tiene que hablar de un español, porque son muy pocas las que existen en el país y en la Capital tienen su centro en las que algún ó algunos españoles no estén metidos. Los hay formando parte de las sociedades directivas de casi todos los bancos y la mayor parte de las casas de banca en menor escala, de las casas de giros, etc., son españolas. Ellos tienen acaparados los despachos, que aquí se llaman, ó sea las casas de comisiones, en poder de ellos está gran parte de la riqueza minera del país y poco menos que un tercio de las negociaciones agrícolas.

Descendiendo en escala, es de los españoles el comercio al menudeo de camisería, mercería, sastrería, en fin, todos los artículos anexos á estos citados. Seguimos el descenso, y hallamos en poder de los españoles las zapaterías y otros comercios de pequeña importancia. Y por último, las cantinas y tiendas de abarrotes, ó comestibles, de las cuales no hay seguramente en la capital más de quince que pertenezcan á individuos de otra nacionalidad. Admite este comercio todas las graduaciones imaginables, desde la tienda y cantina (casi siempre están juntas) del centro, lujosa,

ataviada con adornos y decorados, elegante, limpia y cómoda, donde los dependientes se presentan hechos unos señoritos, hasta la ínfima tienducha del más apartado barrio, que chorrea mugre por todos lados, llena de miseria, con un departamento para cantina que las moscas y otros bichos han usado para cosas peores, donde, en fin, se despachan los artículos de beber y de comer no por tal ó cual medida de peso ó capacidad, sino por centavos, (un centavo de azúcar, un centavo de frijoles, etc.) Conviene tener en cuenta que el centavo aquí es la última expresión monetaria, como el céntimo en los países donde rige el sistema decimal. Allí van los *pelados* á hacer sus libaciones con una copa, mejor dicho, con varias de *catalán*, de *tequila*, de *refino* y de todos esos venenos que cuestan el consabido centavo. Allí no se sabe muchas veces quién es más *pelado*, si el español, dueño ó dependiente de la tienda ó el *pelado* mismo, pues en la suculencia del traje, en el modo de hablar, en lo soez de las maneras, en todo se parecen mucho.

Respecto á industria, tócales asimismo buena parte á los españoles de esta capital, pues ellos tienen las fábricas de *mantas*, ó sea lienzo corriente, las de cerillas, las de alcoholes, en parte, las de chocolate y otras muchas, así como todas las panaderías.

Con esto ya comprenderán los lectores

que no exageraré al decir que los españoles meten mucho ruido. . . . Los de arriba están en contacto continuo con las clases acaudaladas del país, que es la aristocracia, puesto que aquí no tenemos otra, con las esferas del gobierno, en las que todavía influyen mucho aisladamente, no como españoles, sino como individuos. Según bajan de categoría comercial bajan también de relaciones sociales, hasta llegar al tendero y cantinero de barrio, en roce con la clase ínfima del pueblo. De manera que todo Méjico tiene algo que ver con los españoles, cada cual en su categoría, y se los encuentra uno por todas partes por donde vaya, hecho un pelado ó hecho un elegante, pues á todo género de vida se amoldan.

De intento he dejado para lo último otro ramo comercial que tienen completamente acaparado los españoles; el de las casas de empeño.

Siempre han sido mal mirados en España los que se dedican á este negocio, porque el romanticismo que todos llevamos encima de nuestra conciencia, no puede soportar eso de que se comercie con las lágrimas, con las privaciones, con las miserias de un semejante. . . . Pues si están mal mirados en España los empeñeros españoles, calcúlese cómo estarán mirados aquí, donde, además de ser *empeñeros*, son extranjeros. . . .

Y yo quiero creer que los *gachupines*

que se dedican á este comercio son todos unos santos, pero la antipatía no se la quita nadie, porque la clase popular, que siempre está empeñando, no les puede ver, y más les odia cuanto más les necesita. . . . Es cosa probada, además, que la mayor parte de los objetos robados van á los empeños, cosa que ni el mismo dueño de la casa podrá remediar, si ustedes quieren, pero que es en dato más y de mucha elocuencia en contra de los tales empeños. Y con que un hombre se encuentre en una situación capaz de hacer negocios sucios impunemente, ya basta para que la generalidad de las personas tenga malos pensamientos acerca de él. Yo no caeré en la vulgaridad de dar la razón á los mejicanos que declamatoriamente odian al español *empeñero* diciendo que por él la clase del pueblo se ve explotada, pues si dejaran ese negocio los españoles, vendrían yanquis ó chinos, ó lo que fuesen, y explotarían lo mismo, y, si en último término, vienesen mejicanos, les explotarían lo mismo.

Pero preferible sería para los españoles no ser ellos los reos de esa explotación, que es uno de los mayores motivos que suponen algunos para demostrar antipatía á españoles. No obstante, convengamos en que en todas las naciones existe esa explotación, y si no la hacen unos la tendrán que hacer otros, porque parece que la gente está pidiendo á voces que la exploten. El

gobierno carga con unos impuestos especiales, extraordinarios, inconcebiblemente grandes las casas de empeño, y á pesar de eso hay más de una por cada dos calles de la población, y todas ganan dinero, y algunas son para sus dueños la base de regulares fortunas. . . . . Claro es que el *empeñero*, al verse en la obligación de pagar tributos tan crecidos, aumenta el interés al cliente, y este sigue empeñando. . . . Luego hay una falta de orden y de economía y una *sobra* de *falta* de medios en el pueblo, que en esas condiciones empeña tanto que, ya que no justifique al *empeñero*, atenúa su culpa y le pone en el caso de decir que lo que él hace lo haría cualquiera.

Volviendo á nuestro tema, creo haber demostrado y explicado por qué los españoles meten tanto ruido en esta capital. Están mezclados en toda clase de asuntos, entroncados con las principales familias de aquí, adueñados de una parte no pequeña de los capitales. . .

Y aunque haya cinco mil, parecen mucho más, porque se encuentra uno españoles hasta en la sopa.

Y como el español se distingue del natural en que en cualquier parte donde esté habla alto y acciona fuerte, y se mueve mucho y entabla conversación con cualquiera, allí donde ve usted un español le parece que hay tres ó cuatro. . .

## LOS ESPAÑOLES

### III

Ya dijimos anteriormente que la costa cantábrica es la parte de España que da mayor número de españoles á Méjico. De unos cuarenta mil que se calculan en la República, acaso la mitad ó poco menos sean asturianos. La mitad de esta mitad pertenecen al concejo de Llanes, en la parte oriental de la provincia ovetense, en cuyo concejo se cuentan hoy los mayores capitales y la mayor cantidad de indianos procedentes de Méjico. Los otros veinte mil que restan se componen de una mitad de vascos y la otra de andaluces, montañeses y catalanes. De las demás provincias son contados los representantes que viven en este país.

La inmigración no decrece, antes al contrario, aumenta. En los últimos diez años ha sido tan fuerte como en el lapso transcurrido desde la independencia mejicana hasta hace esos diez años referidos.

Cada transatlántico francés ó español viene cargado de ellos. Vése desembarcar en Veracruz una partida de muchachos fuertes, rechonchos, con hermosos colores en la cara, que pronto desaparecen porque es-

te clima es el de las personas pálidas, enemigo completamente de los colores, rubios la mayor parte, que llaman la atención enseguida por su constitución robusta y su pronunciación fuerte (tan distintas de las de estos naturales, de aspecto físico más delicado, silban, la suavizan al hablar todas las consonantes) y por ese andar de pato, balanceando el cuerpo, que es tan peculiar en los españoles rudos de la parte de Septentrión.

Ya hemos dicho que la mayoría son aldeanos. No nos hemos de atener aquí á las varias excepciones que tiene esta regla, pues vienen bastantes muchachos cultos, y seguiremos tomando como modelo, el tipo general.

Casi toda esa partida de *gachupines* recién pescados que acaba de inundar las calles de Veracruz próximas al muelle, ha venido en tercera ordinaria, amontonados unos con otros, sufriendo los rigores del mar, el mareo, en departamentos oscuros y sin ventilación, comiendo rancho. Los más favorecidos tienen aquí, en algún punto de la República, parientes, más ó menos lejanos, á cuyas casas van á parar. Los otros no tienen más que una carta de recomendación, muchas veces forzada, para cualquier amigo de la familia ó conocido, ó amigo de un amigo de la familia. La carta y uno ó dos pesos, después de hechos todos los gastos del viaje, es el único capital con que desembarcan. Más que recomendados,

puede decirse que vienen consignados á Fulanito de Tal, como se consigna una mercancía.

En este caso llega el muchacho á Veracruz, mareado físicamente por el mar y moralmente por tanta impresión nueva como ha recibido y tanta cosa nueva como ha visto, el que hasta ahora nunca salió de su aldea. Déjanle en el muelle de la aduana acompañado de su baúl, y como nadie ha salido á preguntar por él, ni á nadie conoce, si algún compañero de viaje más listo ó experimentado que él no le saca de ese trance, se resuelve á tomar las cosas con calma, y siéntase encima de su baúl, con la mano en el bolsillo apretando heroicamente la carta, su único capital, como decidido á no perderla sino con la vida y se resuelve á esperar filosóficamente los acontecimientos.

No falta una alma caritativa, cargador, lanchero ó transeúnte ó algún español de los que fueron al barco á recibir á un paisano que se le recomienda, que al verle en tal guisa, con la mirada asustadiza y recelosa, con el trajecito nuevo y el cuello de la camisa sobrando por todas partes, se acerca á él, le hace que le enseñe la carta y le encamina al lugar de su destino.

La partida de muchachos se disuelve pronto. Según su educación, sus recomendaciones y sus aptitudes, se van á distintos lugares y destinos, repartiéndose entre tiendas, fábricas, haciendas, minas, etc.

Y de estos muchachos incultos, sin educación, sin más conocimientos que los que adquirieron en una escuela de primeras letras, donde el maestro es á la vez sacristán y acarrea yerba en los ratos desocupados, salen después los capitalistas, los que influyen decisivamente en los bancos, en las grandes empresas industriales, en los negocios todos del país, concurren en parte grandísima al progreso y al bienestar económico de la República, y enlazan, por último, con familias mejicanas y entran en las altas clases sociales. . . . Serán, como sucede siempre, muchos los llamados y pocos los elegidos, pero los que llegan comenzaron como queda dicho, y tienen la satisfacción de habérselo hecho todo con sus manos.

Vuelven á España muy pocos, aunque otra cosa se crea allí, y emana la creencia esta de que sólo ven á los que vuelven con dinero y llaman mucho más la atención y se comentan en el pueblo, y sirven de incentivo para aumentar más la emigración cada día. Ejércitos de muchachos robustos que salen burlando las leyes para dar su vida y sus actividades á otra nación y buscar la realización de un ideal que son pocos los que encuentran. El tipo clásico de indiano en España no es el del que va ostentando gran fortuna, del que se mueve en extenso círculo social, sino el término medio, el que logró hacer un capitalito que le permite vivir cómodamente en el pueblo,

sin grandes aspiraciones ni otro deseo que el de descansar y jugar á los bolos.

Ese indiano que aparece inopinadamente en las fiestas veraniegas de la costa cantábrica, con traje negro de chaqueta, corta ésta generalmente, cuello de puntas muy grandes, corbata chillona, encarnada ó azul, pañuelo de seda más chillón todavía al cuello, descubriendo por delante el de la camisa, gran ostentación de sortijas en todos los dedos, brillantes en la pechera, enorme reloj de oro y más enorme cadena del mismo metal, dando dos ó tres vueltas de bolsillo á bolsillo del chaleco, paraguas enfundado, ancho y flexible sombrero, cutis tostado y con arrugas prematuras, ese indiano, que es el *desideratum* de las doncellas medio rústicas de los lugares, en diez leguas á la redonda, el asombro de los chiquillos y el sueño dorado de los padres, ese es el indiano clásico en aquellas aldeas españolas, el que han pintado los escritores de costumbres, el que interviene en algunas obras de Pereda. Y ese, para llegar á producir en su aldea tal efecto, pasóse año tras año aquí al pie de un mostrador, comiendo en él y durmiendo en él cinco ó seis horas al día, saliendo á la calle cada dos ó tres meses, cuando mucho, todo cubierto de mugre, economizando hasta lo inverosímil su dinero, sintiéndose feliz cuando al cabo de diez años de semejante vida logra reunir tres ó cuatro mil pesos que serán la base de su futuro capitalito.

Así es como se hacen esas fortunas chicas, que tanto les llaman la atención á los habitantes de la aldea, y se llevan esas sortijazas, tras de cuyos brillantes mariposean hipnotizadas todas las mozas que hay por allá en estado de merecer.

Pues á tal punto llega la abundancia real ó aparente de españoles en esta capital, que se habla de ciertos pueblos de España como si estuvieren aquí cerca. Y de seguro casi la mitad de los mejicanos cultos se saben de memoria dónde quedan Llanos y los pueblecitos de alrededor.

Si no oyen hablar de otra cosa! . . .

## LOS ESPAÑOLES

### IV

Los mejicanos llaman á los españoles *gachupines*.

Poniéndonos en el fondo de las cosas, debemos reconocer que españoles y mejicanos no guardan muy buenas relaciones como debieran. No quiere esto decir que que anden á la greña continuamente.

El pueblo no guarda ningún rodeo para manifestarle cierto despego cuando tiene una ocasión, y aun en buscarla cuando no

la encuentra á mano. Hasta hace relativamente poco tiempo, el día 16 de Septiembre, en que Méjico conmemora su independencia, era un continuo gritar «*mueran los gachupines*» y llegado en ocasiones la plebe á apedrear algunas casas de éstos.

Los esfuerzos, á la verdad constantes siempre, del gobierno y de sus autoridades, han logrado reprimir escándalos tales, hasta hacerlos desaparecer en la capital.

Nada tiene de particular que el indio odie al español. En las tiendas de abarrotes, y en los empeños principalmente, es el que lo explota y procura ganar con él la mayor suma posible. En las haciendas y en las fábricas es su patrón, el que le riñe, el que le hace trabajar, el que le trata con dureza y, si en algunos lados le explota, cosa que también hacen los franceses, los yanquis y todo extranjero que se vale del indio como trabajador, pero para éste los españoles tienen la fama por haber sido los primeros y no hay ya quien se la quite.

Por supuesto que si al indio se le trata con blandura y mimo, es mucho peor, porque tiene poco arraigadas las ideas nobles, desconoce la economía y el ahorro y no posee mija de amor propio ni noción siquiera de la idea del deber, de modo que trabaja únicamente por el miedo, y no conoce más estímulo ni más fin, ni más necesidades que el satisfacer el hambre momentánea.

Para el indio todos los extranjeros son gachupines. Al grito de ¡mueran los gachupines! peleaba contra los franceses durante la intervención, porque no conoce otro aliado para la pelea ni es capaz de sentir otros odios que esos.

En suma, que de ambas partes depende el arreglarlo. La una, los españoles, gente al fin más culta, podría hacer algo por disminuirlo, aunque no lo hace. Pero poco sería, porque el odio del indio al español es instintivo, innato, desprovisto de todo razonamiento, irreflexivo y esos odios en gente desprovista de toda clase de cultura, son, en extremo, difíciles de extirpar. Pero esto no obsta para que, en lo que á los españoles toca, pudiera haber algo más de humanidad en el trato al indio, que al cabo si otros vienen después y lo explotan, ya no es cuestión de los primeros.

En fin, y valga como nota curiosa, para el indio de estas cercanías, el gachupín es culpable de haber construído y puesto en explotación aquí los ferrocarriles, aunque éstos son obra exclusiva de los yanquis, y de haber metido toda clase de máquinas, aunque no sean ellos sólo los culpables de tan nefando delito, que para el indio lo es y muy gordo, pues cree él que atenta contra su tranquilidad y sus derechos.

En las clases más ilustradas es menos el odio, como parece natural ó menos manifiesto. A los españoles no se les perdona que de tal modo se adueñen de la riqueza

del país, aunque es la verdad que con la industria y el comercio que aquí desarrollan dan un contingente respetable al Tesoro Federal. Además, esta antipatía tiene como uno de sus motivos el de que á Méjico vienen pocos españoles cultos é ilustrados, de educación y maneras dignas de presentarse en sociedad, y unida semejante carencia al carácter de por sí bruseo y seco de los españoles, les produce un efecto desastroso.

Achácaseles también el que buscan la fortuna por medio de casamientos ventajosos. Algún agua hay en este río cuando suena tanto. Suelen las mejicanas casarse á gusto con españoles que les llevan la garantía que toda mujer honrada pretende de trabajo y formalidad, aunque la tosquedad de su carácter se dé de puñetazos con la dulzura y mimosidad de ellas, dándoles en cambio un capital. . . . . Pero consideremos que son muy contados los que se dedican á vivir de tales rentas y que casi todos siguen trabando, y triplican ó cuadruplican el capital que su mujer les aportara, y lo transmiten aumentado á sus hijos.

Corre todavía aquí un antiguo refrán que dice: *marido y bretaña* (una tela) *de España*.

Por último, los españoles de esta capital son trabajadores, no muy escrupulosos económicos y tenaces en sus empresas, algo rutinarios en industria, si se les compara

con los yanquis, pero muy adelantados si se les pone en parangón con los de España.

Siendo esto capital y centro de la República, claro es que hay de todo y aquí afluyen los vagos y los perdidos; pero eso no ha de ser la medida con que se les presente á todos.

Entre ellos son de lo más desunido que puede darse y de lo más gracioso en este sentido. Nunca logran estar de acuerdo ni piensan lo mismo en nada. Cada uno tiene un descontento profundo y eterno de los demás, y siempre están tirándose los trastos á la cabeza. Mientras los alemanes y los yanquis forman una especie de alianza ofensiva y defensiva y tienen sus centros de reunión importantes, los españoles se cuidan un pimiento de la colectividad, y continuamente tienden á deshacerla, apenas aparece con indicios de formalidad. Son ingobernables. . . . .

En suma, uno por uno todo lo agradables que ustedes quieran, pero en cuanto tratan de hacer algo colectivamente no hay quien los aguante. . . . .

## EL GACHUPIN

Después de haber hablado de los españoles, se impone el hablar del *gachupín*, esto es, del tipo clásico, genial, del que sin duda fué el inspirador de ese nombre á la gente del país, del tipo de español más definido y saliente. . . .

El gachupin de la capital es el que se pasa la vida tras del mostrador de una tienda de abarrotes y licores ó tras de un empeño. Dejemos á éste, al del empeño, tranquilo y en paz, y procedamos contra el de la cantina, que es más visible. Y escojamos una cantina de barrio, que allí el gachupin está mejor caracterizado, allí está «en todo su esplendor. . . .» Se levanta á las cuatro de la mañana en verano y á las cinco en invierno, para abrir y asear la tienda media hora después y empezar el despacho con las indias que van á hacer su provisión de alimento (centavo de frijoles, centavo de chile seco, centavo de azúcar y centavo de cigárros) para todo el día, y á los indios que van á tomarse la mañana antes de ir al trabajo. El gachupin es un muchacho que aún lleva pocos años en el país, grueso, bajo, de espaldas anchas, rostro semi-cuadrado, de facciones fuertes y pronunciadas, un poco de bigote, hablar tardo y